

2059
Don. J. RAO

La Solidaridad Continental

y la

Misión de América en la Historia

Texto completo del discurso de orden del catedrático Dr.
Rafael Belaunde, en la ceremonia de clausura del año univer-
sitario 1941-42. Universidad de Miami, Florida. Estados
Unidos. 25 de Mayo de 1942.



A raíz de este discurso de orden el Dr. Rafael Belaunde fué especialmente invitado por la Universidad de Texas para sustentar conferencias sobre los diversos puntos de esta disertación.

Con igual objeto el Gobierno de los Estados Unidos, por intermedio de la División de Relaciones Culturales del Departamento de Estado, ha confiado al Dr. Belaunde la honrosa misión de realizar una extensa gira de conferencias por aquel país, que incluye a las ciudades de Middlebury, Detroit, Chicago, San Luis, Filadelfia y Washington.

Esta gira se lleva a cabo actualmente y será terminada a fines de Setiembre de 1942.

2639

26 JUN 1947

Discurso de orden del Catedrático Dr. Rafael Belaunde, en la ceremonia de clausura del año universitario 1941-42.—Universidad de Miami, Florida. Estados Unidos de América.—25 de mayo de 1942.

(VERSION ESPAÑOLA)

Señor Presidente de la Universidad; Colegas de la Junta Directiva y de la Facultad; graduandos y alumnos; Señoritas y Señores:

MUY honroso es por cierto, el encargo que me ha hecho nuestro Presidente de dirigiros la palabra en esta ceremonia de solemnidad ritual. Mi reincorporación a la Universidad, después de nueve años de ausencia, renueva los vínculos que con ella me ligan y refresca el grato recuerdo del lustro que pasé en medio de vosotros, compartiendo vuestras nobles tareas. Ha sido como la vuelta al hogar.

El tema de mi disertación está indicado por el momento histórico, por la fisonomía de esta institución y por la materia de mi cátedra. Os hablaré, pues, de la solidaridad continental y de la misión de América en la historia.

La solidaridad del hemisferio occidental, en defensa de la integridad territorial y de la soberanía de todas sus naciones, es un hecho efectivo. Los acuerdos de Panamá, de la Habana y de Río de Janeiro, ratificando el principio previamente proclamado, han formado el frente único en esta trágica hora que vive el Universo.

Sobre las diferencias raciales, lingüísticas, psicológicas, religiosas y culturales; sobre las desigualdades materiales y las incomprensiones, se yergue majestuoso el ideal común de la libertad. El Nuevo Mundo cierra automáticamente sus puertas a la fuerza bruta y a la esclavitud. Los padres de nuestras patrias contemplan con indescriptible satisfacción, desde la región de la inmortalidad, la trascendencia de su obra. ¡No araron en el mar! ¡Al hacernos libres, nos legaron la obligación de mantenernos tales: por eso estamos todos de pie para cumplirla!

La comunión interamericana es hoy de necesidad vital. La Providencia ha permitido el cataclismo que asola al mundo, para hacerla imperiosa. Lo que hombres incomprensidos soñaron en su previsión

genial hace más de un siglo, se presenta hoy a nuestros ojos como el único medio de salvación. El hemisferio occidental juega en esta lucha su interés supremo: la existencia misma de sus naciones como entidades políticas autónomas. Por eso se le ha llamado la lucha por subsistir. Tiene también en ella un deber sagrado para la humanidad entera: poner atajo a la nueva barbarie disfrazada con la vestidura de la técnica; finalmente, la ocasión de pagar a Europa una deuda de reciprocidad, cooperando a la restauración de la cultura y de la civilización que generosamente derramó sobre la tierra.

La fuerza material de la unión de las naciones americanas es incomparable con su fuerza moral. Fundamentalmente pacíficas, pequeñas y materialmente débiles casi todas ellas, no se hallan preparadas para cooperar militarmente en la tarea gigantesca de destruir el mal que pretende imperar sobre el planeta. Sólo vuestra patria, con sus maravillosos recursos de todo orden, ha podido improvisar elementos y convertirse en factor decisivo en la lucha. Las demás, llegado el caso, prestarán no obstante todo el concurso de que fuesen capaces.

Poco o nada influirán, por consiguiente, en la decisión de la guerra; pero su concurso tendrá gran eficiencia en la formación del mundo del futuro. Por eso esa unidad debe mantenerse y fortalecerse a toda costa. He ahí, señores, la obra que no sólo los gobernantes, sino también los hombres dirigentes de América, deben emprender sin demora en sus respectivas esferas. Hay que llevar a la conciencia popular americana la convicción de que en la radical transformación del mundo que va a producirse, el papel principal lo tendrá este continente y que de la más completa identificación espiritual y de la más decidida cooperación interamericana van a depender la suerte futura de la humanidad.

Si ha de prevalecer la democracia; si ésta es el gobierno del pueblo, preciso es que el pueblo de América conozca su misión histórica para que pueda orientar o respaldar a sus gobernantes. La célebre frase de Sarmiento: "Hay que educar al soberano", tiene en este caso no sospechada, pero muy pertinente aplicación.

Me permitiréis sentar algunas premisas:

¿PUEDE ser realmente considerado este continente como una unidad?

América es una unidad geográfica. Lo es, primero, por su aislamiento, y después por la casi identidad de sus dos grandes porciones: sierras altas en el occidente, sierras menores en el oriente, planicies intermediarias atravesadas por grandes sistemas fluviales. Por

eso dice Siegfried: "La América del Norte y la del Sur se asemejan y se emparentan hasta el punto de no constituir, en esta parte del mundo, sino un mismo y único continente; el continente americano".

Pero hay una diferencia saltante y trascendental: la América del Norte se halla casi íntegramente situada en la zona templada; la del Sur, en sus cuatro quintas partes, en la zona tórrida. El clima es por lo tanto distinto; el medio físico consecutivamente opuesto, a pesar que la atenuación que la temperatura tropical recibe en la zona andina por la altura y, en el litoral del Pacífico, por el enfriamiento que causa la corriente de Humboldt. De esa diferencia meteorológica se derivan consecuencias de suma importancia para la geografía humana.

La América no es una unidad etnográfica. La casi completa extinción de los aborígenes en la parte media y extrema septentrional y la supervivencia de ellos en el resto del continente, descarta el elemento autóctono como factor de vinculación racial. La diferente colonización, anglosajona en una parte, ibérica en la otra, crea la discriminación étnica con todas sus inevitables consecuencias sociológicas. Europeos de diversa nacionalidad, lengua, religión, forman los núcleos constitutivos de su colonización. Aquí se instalaron, podemos decir, en una casa vacía; allá se mezclaron y conviven con las razas vernáculas. El "melting-pot" es aquí europeo; allá podemos llamarle cósmico. La raza negra, importada por ambas Américas por análogos motivos, es aquí un grupo social aislado; allá tiende a fundirse con las demás. José Vasconcelos pensó seguramente más en la América Latina que en la Sajona como la cuna de la nueva raza universal.

Parece, pues, que hubiese entre ellas un abismo etnográfico y por consiguiente sociológico. Sin embargo, el mismo Siegfried afirma: "El anglosajón de los Estados Unidos se explica sin duda en cuanto anglosajón; pero se explica también y, no menos, en cuanto americano: ¿No hay que decir otro tanto de estos ibéricos del Nuevo Mundo que si son ibéricos son también americanos? Los países particulares deben, a lo que creo, explicarse en función del continente a que pertenecen; descúbrense entonces, y sin que haya ninguna generalización excesiva, puntos de vista generales que iluminan los puntos de vista particulares. Cuando se estudia un país, conviene pues saber elevarse hasta el plano continental".

Tenemos ahí insinuada por el eminente profesor francés la teoría de la "continentalidad" como vínculo social.

América es una unidad histórica si se toma en cuenta su condición de ignota hasta el siglo XV, su descubrimiento global, su incorporación simultánea a la geografía universal; deja de serlo desde el momento en que se contempla la diversa naturaleza de su colonización y de su organización política colonial.

América es una unidad política en el sentido de su mentalidad democrática y de la semejanza de sus instituciones. La independencia de los Estados Unidos estimuló la emancipación de las demás naciones y su Constitución modeló la de todas ellas. Los libertadores sudamericanos actuaron a impulsos de los mismos ideales que los creadores de vuestra patria. Por eso podemos decir que todos nuestros pueblos han surgido del mismo anhelo de libertad, igualdad y fraternidad. Circunstancias peculiares han hecho que resulte difícil la adaptación de las instituciones republicanas e imperfecto el funcionamiento de ellas en nuestro medio; pero a despecho de esas deficiencias formales, el espíritu democrático se acrecienta. Los medios modernos de comunicación han puesto término al aislamiento creado por la geografía dentro de cada país y la unidad nacional se fortalece con el mayor contacto de sus hijos. La difusión de la enseñanza tiende a crear la conciencia cívica en las masas; y la clase media aparece ya consciente de sus responsabilidades y derechos.

América es una en el sentido de la aspiración común a la paz y a la solidaridad humana. Su pasado afectó apenas por aisladas luchas fratricidas, se halla ennoblecido con elocuentes pruebas de su anhelo por el establecimiento de un régimen jurídico universal. El arbitraje para solucionar conflictos, ha tenido en este continente su más alta consagración. Son ya muchas las disputas solucionadas por ese medio o por otros análogos. La adhesión a los principios wilsonianos fué espontánea y calurosa, como lo es hoy, sin duda, a los enunciados en la Carta del Atlántico.

América es una en la civilización cristiana. Toda ella ve en Cristo el Maestro Supremo, el Divino Redentor. ¡Colón lo quiso así! Por eso al pisar por primera vez su suelo, puso en él la Cruz!

Vemos, pues, que hay parentesco susceptible de estrecharse entre la América Sajona y la América Latina. Las diferencias que las separan no son de carácter antagónico, sino complementario. Así como para formar un cuerpo más firme y resistente es preciso combinar sustancias distintas, así como elementos diversos entran en la composición de cuerpos esenciales—el aire y el agua, por ejemplo—así también las naciones disímiles de América, combinadas dentro del marco de sus afinidades, producen un conjunto sólido, apto para pesar eficientemente en los destinos humanos.

Parece como que Dios hubiera mantenido oculta esta parte del planeta para descubrirla en el momento en que Sus altos designios escogieran y obsequiarla entonces a la humanidad como el factor decisivo de su suerte futura. La indivisibilidad de América en el campo de la geografía, es simbólica de la indivisibilidad de su acción en los fastos de la Historia.

Para reforzar el paralelo que acabamos de hacer, basta par-
tar brevemente su contraste con la heterogeneidad múltiple del resto
de la humanidad. La comparación minimiza las diferencias y exalta
la similitud. Si estudiamos la Europa encontramos que su pequeño ter-
ritorio, está dividido en pueblos para los cuales el vínculo común de
la raza blanca y de la civilización cristiana no ha sido bastante ni para
atenuar siquiera antagonismos históricos, rivalidades tradicionales,
conflictos económicos. El mapa de Europa parece una demostración
objetiva del desacuerdo humano. En el Asia la diferenciación es aún
mayor: discriminación racial, profunda diversidad religiosa, aislamien-
to geográfico, heterogeneidad cultural.

Por un camino o por otro, llegamos a la conclusión de que en
el Nuevo Mundo existe, más que en el Viejo, la posibilidad de una
acción coordinada, de unificación de ideales y propósitos.

¿CUÁL es realmente la posición latino-americana frente a la guerra
actual?

Para mejor comprenderla vamos a dividir el conflicto en dos
etapas: la primera hasta el ataque de Pearl Harbour; la segunda desde
que el Japón **inició** al guerra contra los Estados Unidos.

Forzoso es reconocer que en la primera etapa la opinión latino-
americana ha estado dividida en proporción tal vez igual. Las anti-
guas simpatías por la causa aliada se mantuvieron más o menos nu-
merosas; la honda afección por Francia, madre de nuestra cultura
moderna, llevó a muchos a tomar partido de su lado; pero el grupo
aliadófilo más numeroso y compacto ha estado constituido por el an-
tifascismo de los partidos de izquierda.

Los partidos de derecha (nacionalistas) alarmados ante el po-
sible desarrollo mundial del comunismo, se habían afiliado ideológi-
camente, con más o menos franqueza, al fascismo italiano y aún al
nacismo alemán. Esos partidos deseaban, subconscientemente por lo
menos, que la victoria consagrara definitivamente ese régimen, sin
darse cabal cuenta de la imprescindible consecuencia de su triunfo:
la conquista o dominación mundial y la pérdida o mediatización de
la soberanía de nuestros pueblos. A ese factor pro-totalitario se agre-
gaba el de la vinculación romántica con España, a la que se ha visto
emanciparse de la influencia rusa con el apoyo de Alemania e Italia;
la conexión racial que algunos países tienen, en mayor o menor grado,
con esas naciones; y finalmente la vinculación comercial con ellas a
base de facilidades no ofrecidas por otros mercados.

La caída de Francia restó, indudablemente, interés a muchos de
los partidarios de la causa aliada, y los triunfos militares alemanes, y

...eso de Rusia a la guerra robustecieron las filas de los partidarios del Eje.

Puede decirse que al fin de la primera etapa del conflicto, no podía saberse fijamente si la mayoría de la opinión pública excedía en mucho a la minoría, ni tampoco asegurarse en qué sentido se inclinaba ésta o aquélla. De ahí que los acuerdos de Panamá y de la Habana se produjeran en un ambiente protocolar, en medio de la indiferencia continental.

Pero el ataque a Pearl Harbour ha introducido un nuevo factor de capital importancia: el peligro japonés; peligro inmediato para los doce países hispano americanos, cuyas costas baña el océano Pacífico, y mediato, para todos los demás. Esos doce países son precisamente en mayor o menor grado, los países indígenas de América, o sea aquéllos en que la mayoría de la población es autóctona y por consiguiente de origen asiático. El dominio del Japón en el Pacífico, es decir, la destrucción del baluarte que en él tiene la raza blanca sería sin duda la conclusión de ella, por exterminio o por esclavitud, en dichos países indoamericanos.

La opinión ha tenido que ajustarse a la reacción que tal amenaza ha causado en la gente sensata; pero es preciso reconocer que si ya es sólida la base de la solidaridad con los Estados Unidos en los medios cultos, hay que difundir en las masas el convencimiento de que nos hallamos frente a una cuestión nacional de vida o muerte. La segunda guerra de la independencia hispano-americana se está librando actualmente, sin nuestra intervención, en el Pacífico del Sudoeste. Allí va a resolverse si el mar que baña nuestras costas occidentales es amarillo o es blanco.

Pero, en mi concepto, no hemos llegado todavía a creer unánimemente que el triunfo de Hitler significaría: convertir el mundo entero en el espacio vital alemán; transformar a todas las naciones en simples "Deustchen Marken"; sustituir la filosofía y la moral cristianas por el neopaganismo, es decir: la esclavitud; y que en cambio, la victoria aliada será: la reafirmación de la personalidad de los Estados; la implantación del régimen jurídico en el universo; la cooperación económica voluntaria de todos los pueblos en beneficio común; la exaltación del valor de la persona humana, en suma: la libertad y el honor.

¿CUAL es efectivamente la posición latino-americana frente a los Estados Unidos?

Para contestar esta pregunta es también forzoso hacer la discriminación de dos épocas: la anterior y la posterior a la iniciación de la política del buen vecino.

En la primera época no ha existido realmente vinculación espiritual alguna entre los habitantes de las dos grandes secciones de América, salvo la que se deriva de la aplicación más o menos perfecta de los principios e instituciones de la Constitución Americana. El desconocimiento recíproco ha causado menosprecio, de una parte, y desconfianza, de la otra. Nuestro único contacto ha sido a través del hombre de negocios, y éste ha visto en los países de la América Hispánica, únicamente, un campo más o menos interesante para sus actividades e inversiones. Se ha colocado, por lo general al margen de toda otra curiosidad.

La guerra con México, los conflictos posteriores con ese país y con otros del Caribe y particularmente la cuestión de Panamá, fueron el fundamento del recelo político. La doctrina de Monroe que debió unirnos, sirvió para separarnos.

Vuestro desconocimiento de nuestra cultura y de la complejidad de nuestros problemas y nuestra ignorancia del alma americana, son los elementos responsables de la recíproca incomprensión. Pocos sabían en Hispano América que el noventa y nueve, nueve décimos por ciento de los americanos nos ignoraba o se despreocupaba de nosotros y que sólo la mínima fracción decimal restante se hallaba compuesta por banqueros o inversionistas, ávidos de comisiones o de altos dividendos, y por intelectuales y turistas platónicamente simpatizantes con nuestro panorama, nuestra arqueología y nuestros indios. En realidad se pensaba que únicamente explotadores o imperialistas formaban la totalidad de vuestra población y que a su servicio se hallaba siempre vuestro gobierno, al que se acusaba también de apoyar las peores dictaduras hispanoamericanas con protervos propósitos disolventes.

La política del buen vecino, y sobre todo los hechos que la confirman, están modificando el concepto público latino-americano, y al suprimir la desconfianza y el temor, crean un vínculo de amistad sincera que puede hacerse muy sólido.

Pero hay dos incógnitas que despejar: ¿La política del buen vecino es una política nacional, de carácter permanente, o es simplemente una concepción y un anhelo individual del gran espíritu que hoy preside este país y que algún día dejará de gobernarlo? ¿Los Estados Unidos vencedores, convertidos en la primera potencia mundial, la más formidable de la historia, continuarán inspirados en los mismos sentimientos de cordialidad vecinal?

Desde luego, se puede contestar enfáticamente a la primera pregunta en el sentido de que la política interamericana del Presidente Roosevelt está hoy arraigada en el corazón de este pueblo.

La respuesta a la segunda, podrá darla satisfactoriamente quien conozca vuestro idealismo; pero tendrá que hacerlo con la reserva que la prudencia aconseja emplear en ese género de vaticinios.

Mas no debemos basar nuestra alianza moral en optimistas perspectivas sino en sólidos cimientos. La razón clara, simple, comprensible hasta por las más débiles inteligencias, de nuestra unión con vosotros en esta hora, es que de vuestro triunfo depende que los americanos del norte y del sur no caigamos, tarde o temprano, bajo el yugo japonés. La destrucción de regímenes extracontinentales totalitarios, imperialistas; el triunfo de la libertad y de la democracia, son propósitos muy nobles y muy altos, de enorme beneficio para la humanidad, pero desgraciadamente no impresionan con la misma intensidad a las masas. La piedra angular de la cooperación bélica panamericana es, pues, la lucha contra la pretendida hegemonía japonesa en el Pacífico.

ES útil hacer un breve análisis de las tendencias principales de la política interna en Hispano América, por la influencia que pueden tener en la política internacional. En éste, como en todos los otros tópicos colectivos que he discutido, tendrá que perdonársele los defectos inherentes a una muy difícil generalización. Básteme hacer notar que es un grave error ver en la América Latina una unidad de homogeneidad absoluta, un todo constituido por la agregación de idénticas partes. Si no fuera por el temor de extenderme demasiado, trataría de demostrar que existen en ella por lo menos cinco sectores, diferentes en muchos aspectos: las repúblicas del Caribe; México y Guatemala; los países andinos — con algunos distingos importantes respecto de Colombia y de Chile; las repúblicas del Plata; y el Brasil.

En tesis general, los partidos de izquierda son en la América Latina como en todas partes, agrupaciones vehementes, dinámicas, con programas de reivindicaciones sociales que no se hallan definitivamente formulados, o mejor dicho, sin fronteras precisas, claramente demarcadas; pero todos ellos amenazan, en mayor o menor grado, la subsistencia o integridad de la propiedad privada, el régimen capitalista. De ahí el alternativo maridaje y divorcio entre radicales, socialistas y comunistas, según prevalezcan ocasionalmente tendencias moderadas o extremas. Todos ellos se proclaman esencialmente democráticos, inclusive los comunistas, que dicen serlo únicamente como

medio de instaurar su reinado. Cuando se unen, forman el Partido Popular, combinación imposible de vencer en las ánforas.

En oposición a ellos existe, naturalmente, si no una organización efectiva, por lo menos una franca tendencia antagónica, a la que se ha dado en llamar "nacionalismo", o se le califica con algún adjetivo nuevo, como mexicanidad, argentinidad, cubanidad, peruanidad, hispanidad, etc. El "nacionalismo" es realmente una reacción conservadora contra el internacionalismo marxista. Por definición el nacionalismo es anticomunista y por estrategia antidemocrático, desde que la democracia es la puerta abierta al gobierno popular.

El conservadorismo tradicional ha cambiado su nombre para adoptar uno más sugestivo y más adecuado a las circunstancias. Le convendría ahora el de "neoradicalismo" porque como ya no puede controlar los resultados del sufragio, se propone cambiar radicalmente las instituciones políticas. Es fascista simplemente porque el fascismo se presenta como la única panacea contra el comunismo y su antesala la democracia. Los programas nacionalistas se hallan enmarcados dentro de los límites de las necesidades o aspiraciones locales y no se extienden al campo internacional. He ahí la explicación del hecho, aparentemente incomprensible, del apoyo prestado a la causa aliada por el régimen nacionalista brasileño.

La casi unánime posición "antiamericana" de los partidos nacionalistas se explica exactamente por las mismas razones que hemos alegado como fundamento de la desconfianza respecto de este país, de la cual sólo recientemente se han emancipado los partidos de izquierda. Pero hoy los dirigentes nacionalistas no pueden ignorar ni atenuar el cataclismo "nacional" que sería un hipotético triunfo del Japón en el Pacífico.

PUEDE decirse que el estado normal de la Europa es la guerra. No ha transcurrido aún la primera mitad de este siglo y ya dos conflagraciones horribles exterminan a sus habitantes y arrasas su suelo. ¿Cómo se explica que el continente en que la cultura ha alcanzado el nivel más alto no haya podido eliminar para siempre el empleo de la fuerza? ¿Cómo se explica que pueblos que tienen que estimarse mutuamente, porque han aportado concurso valioso al progreso humano, no dejen de odiarse y alienten la constante aspiración del recíproco exterminio?

No ha pasado ciertamente la época en que sueños personales de dominación, delirios de grandeza, se disfrazan con el anhelo de reivindicaciones nacionales y de engrandecimiento de la patria; alienta

En Europa rivalidades chauvinistas; alberga aún pueblos incurablemente conquistadores. Mirada muy perspicaz requiere el sociólogo para apreciar exactamente la influencia de esos factores, pero aunque la tuviesen muy grande, no sería decisiva, porque no puede negarse que la causa fundamental de la lucha es el imperfecto ajuste económico de la humanidad.

¿Y a qué se debe ese malestar económico? ¿Acaso a defecto de la obra de Dios para proveer al hombre de lo que necesita para subsistir sobre la tierra? ¿Debemos, entonces, aceptar como destino fatal, ineludible, la necesidad de la cruenta lucha por la existencia?

“Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todas las demás cosas se os darán por añadidura”, dijo Cristo. Es decir que la condición esencial para el disfrute **pacífico** de los bienes de la tierra, es la fraternidad humana, que es el reino de Dios.

La humanidad ha fallado en seguir el precepto. Los pueblos han tratado de buscar su bienestar individual olvidando a los demás, cuando no sacrificándolos, y no han vivido realmente dentro de la comunidad cristiana. Los estadistas no se han inspirado en el ideal de hacer de la tierra la grata mansión del hombre, por eso no han coordinado sus esfuerzos para lograrlo. El más cerrado nacionalismo ha inspirado la política de los dirigentes de todas las naciones. Las alianzas de los pueblos no han tenido otra finalidad que la de servir sus intereses particulares. Las teorías aislacionistas han querido ignorar la existencia ajena, como si se pudiese fraccionar el planeta.

Por eso la historia rendirá siempre su más alto homenaje a la frustrada obra de Wilson, que hubiese evitado la tragedia que vivimos. Eficaz hubiese sido la acción de una Sociedad de Naciones que hubiere nacido con el vigor que debió tener y que hubiera vivido sostenida resueltamente por el idealismo americano.

Y así como ahora lamentamos el fracaso de ese noble y sabio empeño, las nuevas generaciones tendrán que bendecir a los hombres que hoy luchan por exterminar la maldición de la guerra estableciendo sobre sólidas bases la paz universal.

La seguridad internacional del futuro no va a depender, por cierto de las medidas policiales del tratado de paz, ni tampoco del aniquilamiento de los agresores. La experiencia acaba de demostrar que tales medidas precautorias son ineficaces y que los intereses particulares de los Estados los llevan a intercambiar sus posiciones en plazos más o menos cortos. Así vemos hoy a Italia y al Japón unidos a Alemania, a la que combatieron en la guerra anterior. La seguridad internacional será efectiva solamente si se solucionan los problemas de orden social-económico que crean el malestar público que pretenden remediar o que explotan los líderes.

El mundo necesita un reajuste. La desarmonía que forma la historia de la humanidad se ha hecho mayor y más funesta aún por la interdependencia económica que la vida moderna ha creado entre los pueblos. La creciente aspiración a la justicia social complica el problema internacional, por el anhelo de los espacios vitales. Apenas las alianzas políticas bilaterales han establecido cierta forma de cooperación entre algunos estados, conciliando de algún modo los intereses encontrados. La humanidad se ha visto constituida por grupos antagónicos o indiferentes entre sí. La carencia o escasez de elementos esenciales en unas regiones y su abundancia en otras; el exceso de población en unas áreas; el desaprovechamiento de las riquezas naturales, por falta de población, en otras; la tendencia a la universalización de un mínimo buen standard de vida, como consecuencia del mayor contacto entre los hombres, he ahí las bases sobre las cuales se alza el edificio del descontento, en cuya cúspide se coloca la ambición personal. La falta de confianza en alcanzar soluciones integrales por medio de acuerdos libremente contraídos; la creencia de que sólo la fuerza bruta puede lograr la satisfacción de justos anhelos, he ahí el secreto de la mágica influencia de los explotadores de las necesidades o de la credulidad de los pueblos.

Yo pregunto, ¿sería posible que en este país prosperasen hombres semejantes? Seguramente que no. ¿Y por qué tenéis ese privilegio? ¿Podemos pensar que el hombre de América pertenece a una especie diferente? La respuesta es obvia y las conclusiones que de ellas se derivan lo son también.

Las circunstancias crean a sus hombres. Hay que cambiar aquellas si queremos eliminar a éstos.

El ideal de la postguerra no puede, por eso, ser el del castigo o la venganza, por justificado que sea, sino el de la restauración y el de la prevención, mediante la serena y razonada supresión de las causas del conflicto.

El mundo se ha convertido en una verdadera unidad; la comunicación entre las más remotas comarcas es hoy instantánea en la transmisión del pensamiento y, sólo requiere breves días, el contacto personal entre gentes de los más apartados lugares. Los pueblos de la tierra forman hoy una familia, cuya existencia, venturosa o desdichada, depende de la comprensión recíproca, de la cordialidad, de la cooperación.

Distinguidos economistas americanos han expresado que la tarea básica que en el orden económico confrontará el mundo de la postguerra será la eliminación o, por lo menos, la máxima reducción del desempleo; el mejoramiento de la producción en áreas de rendi-

miento deficiente o nulo, el incremento del consumo mediante un buen standard de nutrición, alojamiento y educación en todas partes. Naturalmente, reconocen que tal obra no podrá efectuarse sino mediante cooperación internacional.

Para ese acuerdo mundial el concurso interamericano tiene valor imponderable. Presentará, desde luego, el factor valiosísimo de un conjunto de naciones unificadas en su anhelo de contribuir a la formación de un mundo mejor, sin prejuicios, odiosidades ni intereses particulares irreconciliables. Además ofrecerá los elementos materiales requeridos para lograr los antedichos objetivos. En efecto, existen en el suelo de la América Latina grandes zonas despobladas, hoy improductivas, a las que podría trasladarse gradualmente el exceso de la población europea. Inmensos recursos naturales inexplorados o deficientemente aprovechados, estarían al alcance de los nuevos pobladores. La técnica pondría esos recursos al servicio de la humanidad.

La paz debe, por eso, crear un organismo que estudie y resuelva los problemas con criterio científico, bajo la inspiración de auténticos sentimientos de confraternidad universal.

América tiene en la obra de la postguerra una misión fundamental: hacer más grata al hombre su existencia sobre la tierra.

Sin restar un ápice al mérito admirable de la heroica resistencia británica; sin disminuir en lo más mínimo el imponderable valor de la cooperación rusa, puede afirmarse que el factor decisivo de la victoria final será la intervención de este país, no sólo por lo que ha hecho indirectamente por el triunfo militar de la causa de la libertad, desde el comienzo del conflicto, sino por la acción directa, avasalladora, que ha comenzado a ejercitar este año. El arsenal de la democracia es hoy también su brazo más poderoso, el que asestará el golpe final.

Pero no es precisamente el título de su magno aporte a la victoria el que capacitará mejor a los Estados Unidos para dirigir el reajuste de la postguerra, sino principalmente el más alto que deriva de sus vigorosos sentimientos humanos, de su amor a la libertad, de su filosofía política, de la disposición de su voluntad para lograr la armoniosa convivencia universal.

¡Que la victoria no cambie ese espíritu, porque sólo bajo su imperio podrá lograrse el desarme de las conciencias, condición imprescindible del desarme material!

Mientras más estrecha sea la unión de las naciones americanas, mayor será el poder de los Estados Unidos para transformar el mundo, de acuerdo con nuestros comunes ideales.

La acción de los gobernantes, por acertada y eficiente que sea, será débil e inestable, si no reposa en la conciencia de sus pueblos. Así hemos visto cómo los regímenes totalitarios han empleado todas sus energías en la propaganda interior, para alcanzar la más firme cohesión en torno a su programa y a su líder.

Nosotros en América debemos esforzarnos desde ahora en crear una conciencia continental con fines más nobles. Es necesario que la ciudadanía de todas sus naciones se convenza de la misión histórica que tienen que cumplir, conjunta e inseparablemente.

Hay en este hemisferio una institución idealmente adecuada para esa obra: las Universidades. El inmenso desarrollo que han alcanzado en este país las ha convertido en uno de los grandes instrumentos de cohesión. Las grandes distancias interiores han sido salvadas aquí por el estrecho contacto de la juventud en el campo del estudio. Sugiramos, pues, que las Universidades del Nuevo Mundo coordinen sus esfuerzos para crear vigorosa esa conciencia continental.

El dolor que agobia a la humanidad; la pérdida enorme de vidas; la destrucción de tantos tesoros artísticos; el dejo de amargura que ha de quedar en todos los corazones; todo ese conjunto de inmensos valores, será precio muy alto, pero sin embargo proporcionado al beneficio de llegar por fin a la cima de la fraternidad cristiana. Y si ésta no se alcanzara, ¿cuál será la compensación?

El Nuevo Mundo va a serlo, no ya a título cronológico, sino como forjador del nuevo mundo, como centro de la nueva civilización.

¡Americanos manteneos a la altura de vuestro destino!



TALLER DE LINOPIA

Guadalupe 1032 v 1032a

LIMA